

le ha supuesto no tomar más en cuenta a los batracios, este libro de Jaime Alberto Vélez tiene 65 pequeños cuentos cuyos protagonistas son las ranas. Sin embargo, hay razones para suponer que el interés principal de Vélez, al escribir esta obra, no es reparar la injusticia terrible que se les ha hecho a las ranas al marginarlas hasta este momento de la "gloria" que supone ser inmortalizado como personaje de un conjunto de páginas de papel. Más bien, lo que se pretende es construir reflexiones en torno a la existencia, en la forma de parábolas cuyos protagonistas son, por supuesto, ranas.



**SEGUIR INTENTANDO**

*Hastada de las aguas tranquilas que habitaba, una rana abandonó su familia y remontó la corriente del río en busca de aquella excitante vida de la que hablaban los batracios extenuados que bajaban a diario, arrasados por el remolino.*

*Por desgracia, los esfuerzos que realizaba la rana para nadar contra la corriente la cansaban muy pronto, y, en cuanto se relajaba para tomar fuerzas, la corriente implacable la devolvía a las quietas aguas de origen.*

*Pese a los repetidos fracasos, la rana decidió con terquedad seguir intentando, persuadida de que,*

*tarde o temprano, también ella hallaría la felicidad. [pág. 75]*

Ahora bien: ¿cómo logra Vélez convertir a las ranas en atractivos personajes literarios? La respuesta es muy fácil, pues es la misma que utilizó Esopo con los animales de sus fábulas: humanizando a las ranas... O, para decirlo de un modo más rimbombante, otorgándoles rasgos antropomórficos.

En este libro, entonces, las ranas no son más los plácidos batracios que habitan al pie del estanque, sino animales codiciosos, abrumados por el peso de la existencia, pusilánimes o soberbios. Son, en suma, aunque conserven el vivir al pie del estanque, pequeños seres humanos vestidos con piel verde. Lo que le hace a uno pensar que si existiera una corte de justicia que rigiera sobre las distintas especies del planeta, Vélez estaría muy expuesto a una demanda por difamación por parte de las indignadas ranas... Aunque también es cierto que eso sería una bagatela con relación a otros cargos mucho más graves contra los humanos.

En todo caso, desde un punto de vista exclusivamente literario, la estrategia resulta atractiva, sin importar lo que puedan pensar las ranas al respecto. En este libro encontramos desde arte hasta política, desde dudas religiosas hasta ambición material, desde justicia social hasta necesidad individual. En estos pequeños textos las ranas se ven cautivadas por el brillo de la fama y cometen las mayores estupideces por alcanzarla, caen en la tentación de considerarse centro del universo hasta que el caimán corrige su error, o bien desdennan la realidad del estanque por buscar ideales abstractos. Los humanos desempeñamos un doble papel en esta obra de Vélez: por un lado, brindamos a las ranas sus llamativos rasgos antropomórficos, y por otro, intervenimos sin disfraces como "mensajeros del destino", bien sea capturando a la rana que desea ser famosa para que sirva en una prueba de laboratorio, o provocando el Apocalipsis del estanque por medio de una fumigación.

Quizá la única gran limitación del tema de las ranas sea la falta de variedad en sus climas, pues casi siempre aparece una boa o un caimán que cierra el cuento de un mordisco... Aunque quizá eso forme parte del juego, pues también en las historias sobre humanos el final por excelencia es la muerte del personaje principal, a pesar de que seamos mucho más inventivos en cuanto a la forma de provocarla: después de todo, sólo hay una diferencia de grado en que Hamlet muriera por la "espada envenenada del destino en la mano de Laertes" en lugar de ser tragado por un caimán.

Es éste un libro curioso, más por su contemporaneidad que por su novedad (piénsese en los Houyhnhnms y los Yahoos de Swift). Resulta llamativo hoy, cuando hemos alcanzado la luna y descubierto el mapa genético, descubrir hasta qué punto somos "fabulables" como simples habitantes de un estanque. Este libro de Vélez demuestra que las semejanzas de nuestra vida con la existencia de las ranas son más que las diferencias, más allá de que los seres humanos nos amenecemos unos a otros con bombas de veinte megatones en lugar de limitarnos a mirarnos de mala manera, como hacen los simpáticos batracios.

ANDRÉS GARCÍA  
LONDOÑO

**Un libro de alegorías**

**La mirada sumergida.**

**Cuentos en el tiempo**

*Carlos Flaminio Rivera*

Panamericana Editorial, Bogotá, 2001,  
144 págs., il.

*La mirada sumergida. Cuentos en el tiempo* es un libro de relatos fantásticos de Carlos Flaminio Rivera que publica Panamericana Editorial. Este libro está dividido en dos secciones; la primera, compuesta por

trece narraciones y que no tiene nombre visible, y una parte final llamada "La jaula del jardín oculto", que consta de siete relatos. Son, pues, veinte piezas casi todas breves, de una o dos páginas, salvo el cuento final de la primera parte, *Sucedió en Anthedón*, que tiene una extensión de cerca de veinte páginas.



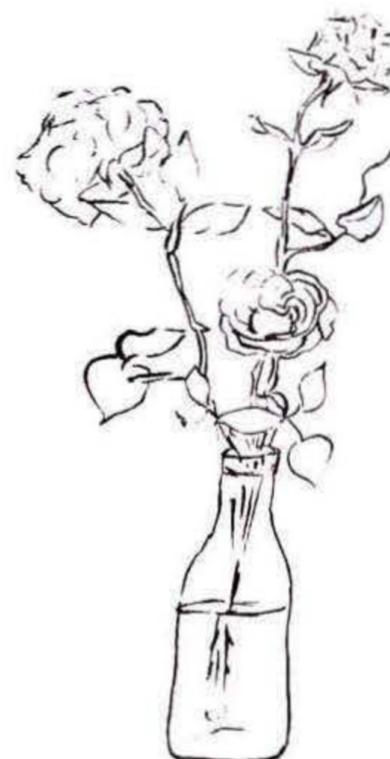
El carácter de estas pequeñas obras es alegórico; están inspiradas —utilicemos el respirativo verbo *inspirar*— en mitos bíblicos, episodios de la literatura griega, relatos orientales, historias árabes, de la Roma antigua, etc. Al leer estos relatos es inevitable recordar la maravillosa *Antología de la literatura fantástica* que publicó Editorial Suramericana, por allá en 1965, y que tuvo como compiladores a Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo. Este género ha tenido, aparte de los mismos antologistas, grandes cultores: Franz Kafka, Edgar Allan Poe, Lewis Carroll, Rudyard Kipling, don Juan Manuel, H. G. Wells, Saki, Chesterton, entre otros. Eso, sin contar con las grandes tradiciones anónimas, como la de *Las mil y una noches*, las incontables sagas escandinavas y las innumerables parábolas chinas. Ray Bradbury también nos ha legado un buen número de cuentos que poseen ese mismo espíritu. En todas las narraciones de este género siempre hay algo cifrado que por lo general tiene un trasfondo irónico, moral, ético. Recordemos la historia de los dos reyes y los dos laberintos que nos cuenta Borges: un rey construyó un laberinto e invitó a otro para que

conociera su prodigio. El rey se internó en él y comprobó por mano propia lo intrincado del laberinto hasta declararse vencido, e invitó al otro rey para que a su vez visitara el suyo, y lo dejó en la mitad del desierto. A pesar de ser una metáfora, su sentido es absolutamente diáfano e inmediato: el desierto es un laberinto natural, sin muros, mucho más arduo, complejo e inextricable que cualquier invención humana, lo que bien puede hablarnos de eso que un famoso torero alemán llamaba la "augusta grandeza de lo sencillo", por ejemplo. De ahí en adelante todos podemos poblar de miles de significados esa historia, pues la alegoría busca símbolos para exponernos una idea, algo abstracto que encierra múltiples sentidos, pero que, creo yo, debe ser de fácil discernimiento. Es por ello que Jesús y sus evangelistas se expresan por medio de alegorías, de parábolas. Ése es también el lenguaje con el que el inconsciente se expresa, y ése es el gran descubrimiento del psicoanálisis del doctor Freud: darles sentido a las metáforas del alma.

Releo estos cuentos alegóricos, estas ficciones, de Carlos Flaminio Rivera y, por más que me esfuerzo, no logro descifrar qué quiso decirnos con ellas. Es claro que puede ser incapacidad mía perfectamente; es probable que no haya sido un buen lector de estos relatos, pero me temo que el sentido que ellos encierran es demasiado difuso. Están bien escritos, la prosa avanza sin mayores tropiezos pero no logro asir su sentido, se me escapa. Una de ellas, *Las manos aterradas*, es, creo, una alegoría del horror del poder, pero a mi modesto modo de ver falta fuerza, la historia no logra causarnos el efecto que se propone. Veamos: es en los inicios del género humano, o tiene que ver con el mito platónico, pues hay un grupo de hombres en una caverna mientras llueve, y uno de ellos estampa sus manos en el techo de la cueva y les vaticina a los demás que la lluvia habrá de cesar al ver sus manos estampadas en la roca; pero sigue lloviendo. Pasa entonces que a otro de los que se refugian de

la lluvia se le ocurre que tal vez arrancándole las manos al profeta y ofrendándoselas a la lluvia, ésta cesará, lo que en efecto sucede. De ahí en adelante, nos dice el cuento, el ocurrente sería obedecido con pavor.

No sé. No entiendo muy bien los dos acontecimientos cruciales. Creo que la historia se queda un poco corta, que hace falta contundencia en la narración para que logre convencernos, para que sea creíble, pues, por más que sea algo cifrado, debe ser verosímil dentro de la ficción misma.



De todas maneras, está bien que los autores jóvenes especulen y que hagan ensayos en distintos géneros, ya que tanto relato de experiencias personales, o de lo que alguien llamó "la sicaresca", puede llegar a convertir la narrativa nacional en algo bastante monótono y aburrido.

Por último, es importante señalar que este libro viene acompañado de unos estupendos montajes fotográficos de Mónica Cárdenas, que nos recuerdan las obras conceptuales de Man Ray o de Marcel Duchamp (o de María Fernanda Cardoso o de Pablo Van Wong, aquí en el terruño) pero que inexplicablemente, teniendo Panamericana Editorial, según se nos informa, las mejores máquinas impresoras del continente, aparecen desvaídos, lavados, fal-

tos de nitidez y de contrastes, en unos grises que dejan mucho que desear.

FERNANDO HERRERA  
GÓMEZ

## Humor e inteligencia

### La tumba del faraón

Andrés Hoyos

Seix Barral, Biblioteca Breve, Bogotá, 2000, 309 págs.

Quizá la primera pregunta que se hace uno al leer *La tumba del faraón* es: ¿Será Boyacá un lugar propicio para la herejía? De hecho, históricamente hablando, el continente americano ha sido un lugar particularmente ingenuo al respecto, por lo menos hasta la llegada de los *mass media* con su carga de Manson, Waco y compañía. En lo que sin duda sí hemos sido expertos ha sido en el sincretismo religioso, pues hemos conseguido mezclar creencias de un modo que no se veía desde la época helénica.



El asunto es que uno de los grandes pilares que sostienen esta novela de Andrés Hoyos es la heterodoxia religiosa. El aspecto central de la trama es más o menos el siguiente: A principios de la década de los cincuenta se descubre, gracias a uno de esos caprichos telúricos, un de-

posito oculto detrás del convento benedictino de Usme. Dentro de ese depósito se hallan lienzos, dibujos y un montón de papeles desordenados que son llamados "La hojarasca". Pero como si eso no fuera suficiente para desatar la curiosidad, también se encuentran en el interior dos cadáveres: uno de un hombre y otro de un ratón.

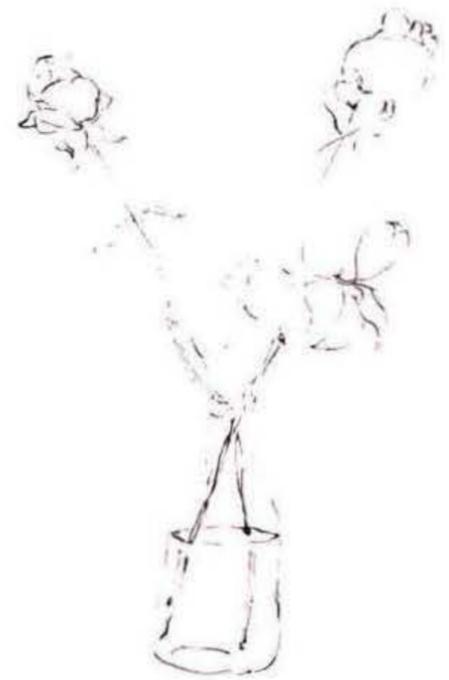
El cadáver del hombre está embalsamado y al parecer pertenece a un anciano cartujo, quien en sus días fue conocido como Íñigo de Vistahermosa y Santos, un medianamente famoso pintor de la provincia neogranadina en tiempos de la Colonia. El ratón, por su parte, parece no haber tenido otra función que devorar papeles según el libre albedrío de su apetito, por lo que al desorden de "La hojarasca" se agrega todavía más confusión por ciertas partes faltantes.

A un monje cartujo, fray Lucas Tadeo, se le encomienda la tarea de estudiar los papeles y los lienzos para decidir qué hacer con el hallazgo, pues al parecer los documentos se relacionan con cierto monasterio cartujo llamado Furatena, fundado a comienzos del siglo XVIII en las cercanías de Villa de Leyva, donde al parecer ocurrieron cosas no del todo acordes con la doctrina católica.

El cuerpo central de la novela es narrado entonces por ese monje, quien organiza sus ideas reconstruyendo la biografía de Íñigo de Vistahermosa y Santos, el mencionado pintor, con los documentos encontrados en el depósito y añadiéndole comentarios y opiniones propias. Acorde con esto, el estilo de la narración tiende al barroquismo, con abundancia de frases subordinadas, múltiples disertaciones y divagaciones y, cómo no, una profusión de adjetivos. Este estilo recargado es quizá el responsable de que *La tumba del faraón* sea un libro que se disfruta más en una segunda lectura, cuando el lector ya conoce la línea narrativa y se aprecian mejor los detalles.

A través de las páginas se nos presentan múltiples espacios y personajes. Aunque casi toda la narración

transcurre en la Nueva Granada, los acontecimientos de España tienen una vital importancia en el relato, porque repercuten en las pasiones de los habitantes de Santafé de Bogotá, Cartagena o Villa de Leiva. Al parecer, Hoyos quiso sacarle todo el partido posible al caos que siguió al reinado de Carlos II el Hechizado, durante la guerra de Sucesión de España, cuando se disputaban los pedazos del imperio no sólo los Borbones y los Austrias, sino también bandidos, aprovechados y aventureros de toda índole. De hecho, la época histórica escogida por el novelista le permite a uno sospechar que esa fórmula del caos social no sólo es propicia para el "libre desarrollo de la personalidad" de algunos personajes interesantes como el inescrupuloso Abel Oliveros de la Rosa, el utópico Pedro Elizaga, el rey mendigo Petaud o el ingenioso liberto Celedonio, sino que es imprescindible para hacer creíble la simple idea de la existencia de un lugar como la Cartuja de Sombra en la provincia de Tunja en tiempos de la Nueva Granada.



Y es que la Cartuja de Sombra construida en Furatena es, junto con las pinturas de Íñigo, el elemento más original de esta novela; el aspecto más atractivo y personal. Desde el momento en que aparecen el monasterio y los hermanos Elizaga, el libro deja de ser una novela de época más —con aventureros, damas de